

“Porgy and Bess”

136

por *Sebastián Salazar Bondy*

A TAL PUNTO prevalece en este hermosísimo espectáculo la situación dramática, la estructura teatral propiamente dicha, que bien puede omitirse en la nota de comentario pertinente la alusión a sus correlativos valores musicales. Con una “puesta en escena” segura e intachable, y una interpretación que si peca es de rigurosa y sólidamente ajustada a las exigencias propias de un libreto puesto al servicio de la acción, “Porgy and Bess” —de George Gershwin, el famoso compositor, y Dubose Heyward— reúne, de una sola vez, las virtudes del drama, de la ópera renovada, del “music hall” de primera categoría, de la danza, de la plástica escenográfica, de la belleza escénica, en suma, más estricta y satisfactoria. Cualquier momento de la obra justifica plenamente el éxito mundial de esta pieza, que bien puede considerarse como el más brillante espectáculo que ha ocupado, en muchos años, el tablado del Teatro Municipal de Lima.

EL ASUNTO de “Porgy and Bess” es sencillo, pero alcanza la categoría de la tragedia. El amor del mendigo baldado por la atractiva y débil Bess, a quien aquél brinda refugio en su pobre casa cuando todas las puertas se cierran a la mujer del asesino Crown, resume toda la grandeza lírica de la obra. La violencia es, en cambio, encarnada por este último, quien irrumpe en aquel rincón miserable de Catfish Row como un verdadero agente del mal. La intriga y el vicio se hacen cuerpo y voz en la figura del newyorkino “Sporting’Life”, así como la ternura maternal está representada por la dulce Clara, la sabiduría popular por la generosa María y la desventura insólita por la melancólica Serena. Cada personaje, aun de los episódicos, puede considerarse como un símbolo, no obstante que en el curso de la obra cada uno se ofrece como simple rostro de una humanidad más bien familiar y cotidiana. Pero la virtud del conflicto, que el espectador sigue con un interés sin decaimientos, reside precisamente en el poder de transformar estos seres corrientes en significaciones profundas. Desde la muerte de Robbins hasta la partida final de Porgy tras su amada fugitiva, todo es un cántico de pasión, una epopeya sentimental.

NO ES POSIBLE hacer mención completa de los intérpretes calificándolos individualmente, puesto que el conjunto es de una homogeneidad rotunda, mas hay que hacer hincapié en el trabajo de Leslie Scott (Porgy), quien a pesar de actuar de rodillas llena con su completísima personalidad el cubo escénico e impone, por suerte de sus notables cualidades expresivas, la personalidad del apasionado mendigo; de Ethel Ayler (Bess), cuya presencia en el tablado se manifiesta por la gracia y la naturalidad de su labor; de Earl Jackson (“Sporting’Life”), dueño de una soltura corpórea y de un dominio teatral de excepcional orden; de Helen Thigpen (Serena), poseedora de un admirable don de comunicación dramática, y de Jhon Mc Curry (Crown), del cual emana, tal como lo requiere la situación, una potencia natural, salvaje, indispensable en el juego. Del resto, personalmente o como coro, no cabe otra cosa que afirmar que constituye el perfecto complemento de las primeras figuras, aun en los casos circunstanciales como en la escena del abogado, las vendedoras de frutillas o las vecinas que dialogan con el policía. Perduran en la memoria del espectador ciertos instantes de gran acierto: la pendencia en que muere Robbins, el entierro de éste, el diálogo amoroso del primer acto entre Porgy y Bess, la fiesta en el bosque, el rapto, el celirio de Bess tras la violación, la invocación coral al “Doctor Jesús”, la tempestad, la fuga de “Sporting’Life” y Bess —un mutis que debió aplaudirse, pues es teatralmente extraordinario— y la despedida de Porgy.

LA DIRECCION de Robert Breen es impecable. Diálogos, monólogos y escenas de conjunto muestran a un conductor experto y con agudo sentido de la armonía y el ritmo. Al lado de esto, la escenografía y los efectos luminosos crean el clima preciso para cada instante del drama. Si se añade a ello la música de Gershwin y las voces de los cantantes —cuyo juicio no corresponde a la especialidad del comentarista que esto firma— se tendrá una noción aproximada de este maravilloso espectáculo, que no en vano ha ganado el aplauso de todos los públicos que lo han visto. Se trata de una obra maestra incorporada por maestros, cuya presentación en nuestra ciudad nunca se agracerá lo suficiente.